

**IX CERTAMEN ESCOLAR RELATOS CORTOS “HERMANO EDUARDO MONTERO”**  
**ASOCIACIÓN DE ANTIGUOS ALUMNOS COLEGIO NTRA. SRA. LOURDES**  
**2º Premio Categoría B**

## **TREN CON DESTINO LIBERTAD**

**MARÍA MUÑOZ DE LUNA PEÑAS**  
**2º E de BACHILLERATO**

-Atención pasajeros, el tren con destino Valladolid está a punto de salir, les rogamos que se abrochen los cinturones y aseguren sus pertenencias.

En cuanto escucha este mensaje por los altavoces del abarrotado tren, Violeta revisa que su cinturón esté bien ajustado. Con esperanza de que nadie ocupe el asiento a su izquierda, coloca su bolso de mano y apoya la cabeza en la fría ventanilla.

No es para nada una persona asocial, pero simplemente no puede lidiar con el mundo. No ahora. No después de tener la enésima discusión con sus padres sobre el mismo tema de siempre. No después de marcharse pegando un portazo de la casa de su hermana y apresurarse a buscar el primer tren que la devolviera a Valladolid.

Había bajado a Madrid para celebrar su cumpleaños, y lo que se presentaba como una ocasión de pasar un fin de semana en familia se había convertido en una competición por dejar a Violeta en ridículo. Eso hacían siempre, ridiculizarla y recalcar una por una todas las malas decisiones de su vida.

Hija de un reconocido médico capaz de tocar cinco instrumentos distintos y una madre empresaria con una asombrosa capacidad para los idiomas, Violeta siempre había sentido respirándole en la nuca la llamada de la grandeza. Esta grandeza había llamado al timbre de ambas hermanas, con la diferencia de que la puerta de Violeta nunca se abrió.

En cambio, su hermana mayor, Vega, había recibido esta presión con las puertas abiertas. Sugiriendo ella misma nuevas actividades para llenar cada pequeño hueco en blanco del horario que sus padres les habían “propuesto”, Vega siempre había ido

varios pasos por delante. Y ahora, a sus 22 años, la distancia ya era de varios kilómetros.

Dueña de su propia *startup* a la vez que estudiaba un doble grado en Derecho y ADE, había heredado el talento para la música de su padre y el de los idiomas de su madre, además de una laureada trayectoria en atletismo. Lista, educada y ambiciosa, sus trofeos y medallas relucían en el salón de casa de sus padres.

Pero Violeta... Ella siempre había ido al contrario. Había peleado con sus padres hasta que había logrado desapuntarse de todas y cada una de las extraescolares a las que le habían inscrito, y en su lugar pasaba las horas muertas en su cuarto, viendo miles de películas y soñando con verse algún día en la gran pantalla, representando un gran papel.

Al principio, sus padres insistían en que era una fase, que se la pasaría. Pero no había sido así, y cuando en 2º de Bachillerato sus padres le habían preguntado qué carrera universitaria pensaba estudiar al año siguiente, la respuesta de Violeta casi les había provocado un infarto.

Porque Violeta no estaba estudiando ninguna carrera. No, ella está realizando el Grado de Arte Dramático en la ESADCYL de Valladolid. Orgullosa de poder estudiar la carrera de sus sueños, Violeta trabaja a tiempo parcial en un bar de la ciudad que le ayuda a costearse la carrera, teniendo en cuenta la mínima y despreciable aportación económica mensual de sus padres, que le entregan casi con asco, como si estuviesen pagando droga o algo peor.

Y desde que se había mudado a Valladolid para perseguir sus metas, las discusiones con sus padres eran incluso más frecuentes que cuando era pequeña. Que qué pensaba hacer con su vida, que si no podía aprender un poco de su hermana, que vaya vida le esperaba... Violeta ya casi puede repetir el discurso de manera automática en su cabeza.

Quizás el problema son sus padres. O quizás es su hermana. O quizás es ella. Ella, la pieza defectuosa de un engranaje perfecto, la oveja negra del mejor rebaño, la

rebelde e independiente Violeta. Muchas son las veces que había deseado que algo fuera distinto, cambiar lo que fuese que estaba mal, encontrarle un sentido a su estúpida existencia.

-¿Puedo sentarme?- escucha Violeta, que se gira cuando siente el tacto de unas suaves manos en su brazo.

Se gira para encontrarse, sorprendentemente, a una niña pequeña de largo cabello cobrizo, ojos azules que la miran con curiosidad y numerosas pecas adornando sus redondas mejillas. Los ojos de la niña, extrañamente parecidos a los suyos, dejan a Violeta sin palabras, apartando el bolso del asiento entre titubeos incomprensibles. La pequeña estira sus piernecitas para sentarse en el mismo, dedica una amplia sonrisa a Violeta y pierde la mirada en el paisaje que atraviesan a toda velocidad.

Violeta advierte una pequeña herida en la rodilla de la niña, de la que escapan lentamente gotas brillantes de sangre. Con cara de preocupación, señala la herida mientras se dirige a su inesperada acompañante:

-Estás sangrando. ¿Estás bien?

-Oh sí, no es nada, es solo un rasguño. Me lo hice ayer escapando de clase de fútbol, pero se curará, como los demás - dice, restándole importancia mientras se encoge de hombros

-¿Los demás?

-Este me lo hice cuando me caí de la mesa saliendo de clase de francés, este cuando me clavé el arco del violín jugando a los piratas, y este cuando intenté correr hacia atrás en la pista de atletismo- señala una serie de rasguños y moratones.

Tras un rato de conversación con la niña, se entera de que se llama Iris, tiene 9 años y ha corrido a sentarse con Violeta porque ha discutido con su madre. Iris dice saber que su madre lo hace por su bien, para que aprenda de muchas cosas, pero estar apuntada a tantas extraescolares la cansa mucho, y preferiría poder ir a pintura.

Violeta le aconseja hablar con su madre, explicarle cómo se siente, hacerla sentir que la pintura es verdaderamente su pasión, y así llegar juntas a un acuerdo. La pequeña Iris asiente, y tras meditar con la mirada perdida, se despide de Violeta, asegurándole que la ha ayudado mucho, y se aleja por el pasillo del tren.

Violeta vuelve a apoyar la frente en la ventanilla, pero este momento de meditación no dura demasiado, cuando siente a una persona caer a su lado en el asiento sin siquiera preguntar. Justo cuando iba a recriminarle su mala educación, se detiene en seco al encontrarse con una adolescente de unos 16 años. Salta a la vista su pelo que, a pesar de estar teñido de un rosa chillón, oculta unos salvajes mechones pelirrojos. Pero lo que verdaderamente mantiene a Violeta callada es la lágrima cristalina que se desliza por su mejilla desde sus profundos ojos azules.

-¿Estás... bien? - pregunta, con la mayor delicadeza posible

La joven asiente, pero a la vez que lo hace, más lágrimas escapan de sus ojos.

-¿Por qué todos los mayores nos tratáis a los adolescentes como si fuéramos bombas a punto de explotar? ¿Por qué nos miráis tan raro cuando habéis estado también en nuestro lugar?- estalla, con la voz entrecortada por el llanto.- Tengo que encajar en unos estándares de belleza ridículos, tengo que aparentar ser madura de repente cuando hace nada creía en el Ratoncito Pérez, tengo que empezar a comportarme como una adulta cuando todos aún me tratan como una niña inmadura. ¡Pues sí, quizás sea una inmadura! Pero es que todo es demasiado de repente, y luego está el tema del colegio... No tengo ni idea de lo que quiero hacer con mi vida, y tengo que tomar una decisión crucial cuando ni siquiera sé lo que implica trabajar. ¡No quiero! ¡No quiero tener que condicionar mi vida por una decisión errónea que tomé a los 17!

Violeta apoya su mano con sutileza en el hombro de la chica. La entiende, la entiende tanto. Esa masa de sentimientos que se te concentra en el pecho cuando las decisiones empiezan a llegar de un día para otro, sin nadie que te entienda del todo. Pero todo pasa, todo encaja, y por grandes que parezcan, cualquier error acaba siendo reversible. Y es esto lo que intenta comunicarle, antes de que se marche con una sonrisa agradecida que vale mucho más que el débil “Gracias” que articula.

Pero cuando Violeta vuelve a quedarse sola, y el sueño la atrapa lentamente, es despertada por una voz mayor, que corresponde a una señora de pelo gris y piel pálida, pero vibrantes ojos azules que no han perdido su color. Se sienta junto a ella cuando Violeta asiente ante su pregunta, y una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro al advertir la chapa de su escuela de teatro que lleva en el bolso

-Ah, conque actriz, eh? Yo también fui actriz, sabes? De las primeras mujeres en pisar un escenario, y la primera en dirigir su propia película- sonrío con orgullo al recordarlo- Cocinera, bailarina, pediatra... tantas decisiones fallidas que me llevaron a encontrar mi vocación. Es curiosa la vida, un conjunto de decisiones, de alternativas, de caminos que se abren ante ti. Tantos para no ser ninguno incorrecto, pero tampoco el correcto. Al final, resulta que la mayor aventura de la vida es vivirla, desde luego.

La mujer ríe, lo que también despierta una tímida sonrisa en el rostro de Violeta. Jamás se había encontrado con una actriz en persona, y de tantas preguntas y dudas que le surgían, las palabras no logran salir de su boca, sorprendida. Deja la mirada perderse por el vagón, y la mente, reflexionando lo que acaba de escuchar.

-Señorita, Señorita, hemos llegado a Valladolid- la zarandea levemente una de las azafatas del tren

Violeta se despierta sobresaltada, levantando la frente del frío cristal y pestañeando varias veces para que sus brillantes ojos azules se acostumbren a la luz. No sabe si ha dormido todo el trayecto, o si sus encuentros con esas tres peculiares personas han sido fruto de su imaginación.

Lo que sí sabe es que las palabras de las tres resuenan en su cabeza, cargadas de significado. En la niña ha visto reflejado su pasado, su mala relación con sus padres. Aunque le duele que no sepan comprenderla, se da cuenta de que ella tampoco ha intentado nunca explicarse, explicar lo que siente por la interpretación. Manda un mensaje a su madre, sencillo pero claro, directo: "Tenemos que hablar".

En la adolescente, ha visto reflejado su momento actual. Lo de tomar decisiones le viene grande, y más con la presión que siempre ha sentido por hacer lo correcto. Hasta el momento, se ha dejado guiar por lo que dicta su corazón, y se enorgullece de ello, rozando con sus yemas la chapa de la ESADCYL.

En la señora, ojalá ver su futuro. Un futuro con decisiones fallidas y acertadas, pero que la ha acabado llevando a lo que busca, a lo que todos buscan. La felicidad. Esa pequeña sensación de que todo está completo. Efímera y complicada de conseguir, pero un verdadero estallido de luz en el pecho cuando se encuentra.

Y Violeta es feliz, o al menos debería de serlo. Y camina por la estación vallisoletana con la cabeza más alta que nunca.

Porque la vida no viene con un guión, es un conjunto de decisiones sin previsualización del resultado. Es un hotel con mil plantas de mil puertas cada una. Algunas se abren para encerrarte dentro, otras no se cierran del todo nunca y otras se abren con una llave que tardas años en encontrar, o que simplemente nunca encuentras.

Y ese es el gran riesgo, pero también la gran fortuna de intentarlo. Vivir. Quizás no lo estemos haciendo tan mal, quizás no haya que buscarle un sentido a vivir.

Quizás el sentido de la vida sea vivirla.